This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

.058

B 853,233

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817

Gaylord
PAMPHLET BINDER
Syracuse, N. Y.
Stockton, Calif.

DO NOT REMOVE

OR

El país y la vida institucional.

F
2726
.058

Al Dr Ramón Moré Magariños
de su afm

Carlos Oneto y Viana

EL PAÍS

y la vida institucional.

MONTEVIDEO

Tipografía y Encuadernación Al Libro Inglés

1904

728 [illegible]

A la juventud de mi país, que en medio de los desastres presentes se sienta aún capaz de acometer la realización de grandes ideales para lo cual solo se requiere energía moral y espíritu perseverante en la lucha por la prevalencia del derecho.

« La libertad es la base indispensable de la paz pública, pero la libertad no se establece y se radica sino sobre la verdad de los principios que la constituyen.

—

« El caudillaje es la negación de toda ley, de todo derecho, de toda garantía, de todo principio, de toda marcha regular de paz y de progreso.

« Con el caudillaje no existen ni la seguridad de la vida, ni ninguna de las más esenciales garantías del orden social.

Juan Carlos Gómez. »

I

No es sin un profundo dolor patriótico que me resuelvo escribir en estos momentos de grandes crísis, con el convencimiento de que todos los ciudadanos están obligados á prestar su concurso *pro parte virili* á la obra fecunda de la salvación nacional.—Es un deber primordial proclamar en alta voz, sin vacilaciones ni reticencias, todo aquello que se considere la verdad—que pueda contribuir al mejoramiento de nuestras cosas, actualmente en un estado que apesadumbra á los hombres de pensamiento y presenta una perspectiva llena de incertidumbres ó inquietudes.

Hace un cuarto de siglo aproximadamente uno de nuestros más elocuentes tribunos, el Dr. don Pedro Bustamante, abismado ante el espectáculo que ofrecía el país sujeto á las garras del militarismo, que lo mutilaba y deprimía la conciencia cívica, proclamó desde lo alto de la cátedra del Ateneo nuestra absoluta incapacidad para la vida política, defendiendo así con la clarovidencia de su espíritu luminoso, las ideas que de muchos años atrás preconizaba el más grande de nuestros pensadores, en aquel entonces ya en el ocaso de su vida.—Juan Carlos Gómez había llegado á esa conclusión desoladora

después de una experiencia penosa, durante la cual presenció el agotamiento criminal de las energías del país y el cuadro sombrío que presentaba al observador y al filósofo, de un desastre constante, en el que vivimos oscilando entre el despotismo y la anarquía sin dejarnos siquiera vislumbrar la más remota esperanza de la conquista definitiva de la libertad, supremo ideal por el cual la humanidad ha derramado á raudales la sangre generosa de héroes y de mártires.

El caudillaje y los elementos de cuartel se habían encargado de cubrirnos de oprobio, y la tragicomedia de las dictaduras que á guisa de remedio venía á poner término á la anarquía que nos devoraba, siempre sirvió de generador de nuevos males: el rebajamiento de la dignidad personal y cívica, el desconcierto administrativo, el descrédito en el exterior, la bancarrota económico-financiera y el tormento de los buenos ciudadanos para los cuales la lucha por el bien se volvía imposible por lo mismo que el organismo nacional, profundamente contaminado, no ofrecía la posibilidad de una reacción saludable.

En el mismo lugar en que el doctor Bustamante levantó su voz, tan pesimista como sincera, arrostrando todos los desprestigios populares, ya que había herido en lo más íntimo el sentimiento nativista de nuestro pueblo, el doctor José Pedro Ramírez, constituído en órgano de la conciencia nacional, en una brillante conferencia formuló su protesta contra la alocución del vehemente tribuno y contra la prédica acerada de Juan Carlos Gómez.

«El problema no puede ser para nosotros, decía Ramírez, ni complicado, ni difícil, ni mucho menos insoluble.

« Una hora de inspiración patriótica puede ser bastante para cambiar la faz de la República.

« Tengo el presentimiento, ¡que digo! la profunda convicción de que llegará un momento en que la reacción de la opinión será tan vigorosa en presencia de tantos sufrimientos y de tantos desastres, que bastará un hombre de buena voluntad, el *vir bonus* de Cicerón elevado al gobierno por la voluntad de la nación, para que empiece el reinado de las instituciones, la paz fecunda de la libertad en el orden. »

Ese optimismo, con igual intensidad y con todos los entusiasmos de su alma romántica, lo había sentido otrora Juan Carlos Gómez, cuando de su lira arrancaba aquellas estrofas brillantes cantando á la libertad:

« Yo sé que vendrá un día para la patria mía
De paz y de ventura, de gloria y libertad ».

Y sin embargo, cuarenta años después, el viejo bardo ya próximo á la tumba, contristado su espíritu por tantos desencantos, por el sufrimiento y la miseria, sumergido *en ese abatimiento de lo irremediable que es una muerte moral* (1) lanzaba este quejido lastimoso: « Yo no quiero hablar de la patria. La vergüenza se me sube al rostro cuando alguién me la nombra, por que es imposible que pueda descender á más bajo nivel moral un pueblo que se me mostró capaz de tanto heroísmo. » Ni siquiera servía ante su pensamiento como razón valedera, la perspectiva de nuestro desarrollo económico y las pruebas de

(1) De Juan Carlos Gómez.—Carta à don Pedro Bustamante.

la vitalidad orgánica del país, pues para él todo era «un falso progreso» puro oropel que cubre con las apariencias una decadencia real y constante *como se cubre de flores la podredumbre del cadáver.* (1)

Cerca de veinticinco años han transcurrido de aquellos días de polémica ardiente en que se debatían en constante contradicción los optimismos apasionados de los unos y las convicciones pesimistas de los otros, y aún estamos esperando como se espera la realización del mayor de los anhelos aquella *hora de inspiración patriótica, bastante para cambiar la faz de la República*, de que nos hablaba el distinguido tribuno para quien entonces nuestro problema político no era *ni complicado, ni difícil, ni mucho menos insoluble.*—Esperamos aún *el momento en que la reacción de la opinión sea tan vigorosa en presencia de tantos sufrimientos y de tantos desastres para que empiece el reinado de las instituciones, la paz fecunda de la libertad en el orden.*

Yo me pregunto después de una larga y serena reflexión, sin apasionamiento ni prejuicios, solo movido por el amor á la verdad y á mi país ¿será acaso lo presente, á despecho de la buena voluntad de algunos hombres bien intencionados y de sus abnegaciones y sacrificios, la demostración de que sigue cumpliéndose, como una fatalidad irrevocable, la predicción de Juan Carlos Gómez, de aquél apóstol del bien, impecable en su vida cívica é iluminado en sus profecías por los destellos de su genio? — ¿Se atrevería el doctor Ramírez con su ex-

(1) De Juan Carlos Gómez.

periencia de cincuenta años de nuestra vida pública, después de haber presenciado todas las diversas reacciones por que hemos pasado en estos veinticinco años, todos los desastres supervinientes á su réplica y ante el cuadro que nos ofrecen los actuales sucesos, se atrevería digo, con los mismos entusiasmos de otro tiempo, á negar nuestra incapacidad política ?

Sería imponer una nueva mortificación al sentimiento patriótico, exigir una respuesta categórica !

La historia patria desde los comienzos de nuestra existencia no acusa otra cosa que un aprendizaje doloroso, casi estéril, que aun continúa é impone á las generaciones presentes todos los sacrificios de las peores épocas, sin que ofrezca á las del porvenir nada mejor, como si fuéramos un pueblo sin redención y condenado á una expiación por tiempo indefinido, por los males que llevamos en la sangre y en los hábitos, heredados de los colonizadores y acrecentados á medida que fuimos derrochando en las luchas intestinas las energías del país.

El pasado, lo mismo que los tiempos contemporáneos, salvo ciertos períodos brillantes que no significan otra cosa que la lucha titánica por la libertad—que jamás llegamos alcanzar—solo nos presenta pruebas de una ineptitud para la vida política que son bastante elocuentes para inducir á la desconfianza aun á los espíritus más optimistas.

No habíamos consolidado la nacionalidad y estábamos consagrados á la tarea de desligarnos del Imperio cuando

Lavalleja inició en el país la série de los pronunciamientos militares, dando el golpe de Estado contra la Asamblea y el gobierno que presidía el noble patricio don Joaquín Suárez.

Mal augurio para el porvenir de un país, cuando sus libertadores eran los primeros en conspirar contra la felicidad común y disolver por las bayonetas las Asambleas representantes de las aspiraciones nacionales!

Lanzada la Provincia Oriental por obra de la diplomacia argentino-brasileña á la vida independiente, no había transcurrido todavía dos años de la jura del Código Fundamental, cuando nuevamente se rebela Lavalleja contra las autoridades legítimas, y él, á quien había cabido el triste rol de iniciar en la República los golpes de cuartel, inicia también la série de luchas intestinas que habían de tener su centésima repetición en los albores del siglo XX.

Concluida la guerra grande—que señala en nuestra historia la época más brillante de la vida política del país, desde el reto lanzado por Rivera á Rosas hasta la paz de Octubre, quince años de esfuerzos sobrehumanos por la libertad—quedaba la República reducida á escombros, con una deuda superior al valor de su propiedad territorial, sin fuentes de riquezas, sin hábitos de trabajo, sin habitantes, sin crédito, teniendo por único haber de aquella lucha gigantesca el sedimento de odios, pasiones irreprimibles que engendrara la guerra y un desconcierto en la política y en la administración que no podía dar al país otra cosa sinó la era luctuosa que siguió al restablecimiento del gobierno constitucional.

Los esfuerzos de algunos pensadores fueron estériles en el sentido de fusionar los viejos bandos. Vivieron en un error común cuando no en un engaño recíproco todos los hombres de aquella generación, que habían estado tres lustros luchando á muerte, vigorizando día á día sus antagonismos, hasta volverlos orgánicos legándolos como lote hereditario á las generaciones que le sucedieron.

La guerra y el desorden continuó siendo nuestra manera de vida. La prevalencia de los caudillos y del sable no tuvo más alternativas que la producida por el cambio de hombres, siendo siempre vencidos los elementos sanos, representantes del pensamiento y la cultura nacional.

En los primeros años subsiguientes al pacto de Octubre, de subversión en subversión nos refugiamos en la protección extranjera, prestigiada por blancos y colorados, que cansados de la orgía de sangre que amenazaba concluir con todo, imploraron del Brasil la intervención armada para *darnos garantías sociales y hacer efectivos y duraderos la paz*, *el orden* y el *imperio de las instituciones*, proclamando así ante América que no eramos capaces en medio de nuestros disturbios, ni siquiera de garantir la inviolabilidad de la vida á los habitantes del país, prerogativa elemental en toda sociedad civilizada.

Producida la invasión extranjera, consolidose el régimen militar agravando nuestros males, y para atender las exijencias del presupuesto fué necesario implorar un subsidio mensual al monarca brasileño que sirvió para garantir la subsistencia al personal de la administración y al propio militarismo.

La reacción popular de 1855, provocada por las in-

temperancias del gobierno militar, fué ametrallada por el caudillaje blanco y colorado, confundido en un abrazo fraternal para dar el golpe de gracia á las clases ilustradas.—Dos años después se producen los sucesos de Quinteros que pusieron en evidencia la relajación moral de los hombres entonces dirijentes; y con esta hecatombe quedamos excluídos por un tiempo del concierto de las naciones. — Un lustro después, la reacción colorada aliada con el extranjero, da en tierra con el régimen de despotismo imperante, para lanzarnos enseguida á una guerra externa en la que continuó la República desangrándose, sin perspectiva alguna favorable, y solo por la ineptitud de nuestros hombres directores.

Lo que viene sucediendo desde entonces hasta los días que corren, no constituye otra cosa que la repetición de los viejos desastres, con la diferencia que imponen el cambio de épocas, el progreso de las ideas y otros factores que estudiaremos en el capítulo siguiente.

II

Por tres veces hemos creído poder ensayar el régimen de libertad — en 1873, en 1890 y en 1903 — tentativas que en nuestros anales están señaladas por tres fracasos, producidos á raíz de la iniciativa, con lo cual hemos demostrado que no tenemos hasta ahora capacidad bastante, á despecho de cierto adelanto de nuestra cultura, para aquilatar las ventajas de la vida institucional. — Causas distintas y complejas pero todas reveladoras de nuestra ineptitud para ser libres: las pasiones partidarias de un anacronismo odioso en unos casos, el militarismo en otros, el sensualismo de mando, las intemperancias y despechos personales en algunos; las oligarquías, las exiciones con caracteres facciosos dentro de nuestros bandos, la pésima organización de nuestros partidos tradicionales, la falta absoluta de educación cívica, la apatía de los hombres de trabajo traducida por una indiferencia á la política y á la gestión de los negocios públicos, la imprevisión casi primitiva de nuestros estadistas — todo ha conspirado contra la felicidad común.

Bajo la administración del doctor José E. Ellauri, las reformas ideadas por el gobernante y por los hombres

que le acompañaban chocaron con un ambiente inadecuado, caldeado por las pasiones que en su desborde llegaron hasta invadir los cuarteles arrastrando al ejército á la plaza pública ó induciéndole al crimen de entregar el país á la dictadura y al despotismo. — Fué tal el abatimiento popular que ni siquiera se produjo una séria resistencia á la acción enervadora del sable. — El caudillaje blanco y el militarismo colorado — que más de una vez en nuestra historia han sabido deponer sus antagonismos á fin de inmolar la libertad — en criminal consorcio mancomunaron sus fuerzas para apalear á las desorganizadas legiones de la *Tricolor*, que en Perseverano regaron con sangre generosa el suelo de la patria en holocausto á grandes ideales. — Producidos estos sucesos, Latorre consolidó el orden sin pararse en medios, incluso el del asesinato común; y otra vez dimos pruebas del nivel moral del país, cuando la población de los campos, inconsciente de sus derechos y de la dignidad cívica, en cambio de la tranquilidad que le garantía el tiranuelo prestábale su adhesión, y los más conspícuos elementos nacionalistas adhirieron al régimen imperante constituyéndose más tarde en cortesanos del dictador.

El 1.º de Marzo de 1890 el doctor Julio Herrera y Obes es elegido Presidente por el término constitucional de 1890-1894. — No faltó quien viera en esa elección el comienzo de aquella era que anheló un día Juan Carlos Gómez para su patria « de paz, de ventura y de hermandad ».

Una administración regular y la libertad civil completa caracterizaron aquel período gubernativo, además del so-

metimiento absoluto del ejército á la autoridad del jefe del Estado, de una restricción necesaria en la intervención de la clase militar en la política y de una série de reformas que acusan ciertas reglas de administración y principios científicos aplicados al gobierno. — Aseguramos la paz pública, fuente inagotable de grandes bienes y á su amparo pudo el país restablecerse del desastre financiero producido por las locuras de la administración anterior; — una absoluta libertad de la prensa permitió á la oposición ejercer saludable control de la gestión gubernativa; — así como el ambiente propicio para el debate sereno de los grandes problemas nacionales, permitió que se disiparan las intemperancias partidarias y desaparecieran los odios entre blancos y colorados que el predominio del militarismo había fomentado en épocas anteriores explotando el amor al cintillo para dar cohesión á los elementos que servían de base al poder. — Sin embargo, la fatalidad decretada por nuestros males orgánicos arrojó al fracaso aquella administración.

La desorganización de nuestros partidos excluía la posibilidad de la lucha comiciaria en condiciones que implicaran un progreso en nuestra democracia; las dificultades económicas crearon sorda hostilidad contra el gobernante en el alma de las multitudes y la prédica violenta de la prensa concurrió á rodear de impopularidad al mandatario, aprovechándose los enemigos de éste de todos los expedientes que pudiesen servir para crear nuevos obstáculos á la marcha administrativo-política del Presidente. Éste tuvo el valor de desafiar á la plaza pública, con la persuación de que para un estadista, no

puede ni debe constituír un escollo las súbitas y transitorias explosiones de las multitudes, pero fué más allá de lo que aconsejaba una política liberal y amplia y en armonía con la justicia.

Entre el gobernante y el país creose un abismo; faltó el concurso de los gobernados, la cooperación de las fuerzas populares indispensable para la realización del verdadero gobierno.

Llegado el momento comiciario sufrimos las consecuencias de la lucha entre el mandatario y la opinión.

La formación del Cuerpo Legislativo que debía dar al país nuevo magistrado, puso en evidencia que estábamos muy lejos de la verdad institucional y que la fórmula de *la influencia directriz* proclamada abiertamente por el jefe del Estado, en sus manos no había dado mejores resultados que si fuera empleada por cualquier tiranuelo.

Sobrevino Idiarte Borda, la negación del hombre de gobierno, elegido por los mismos que habían escrito en sus balotas el nombre del Presidente derrocado en 1875, cuya exaltación á la primera magistratura hubiera implicado acaso el afianzamiento de nuestras libertades, pero que por lo mismo que nuestro pueblo jamás ha sabido orientarse en el sentido de la procura de la felicidad pública, perdió el país una vez más la ocasión de iniciar una era de grandes reparaciones para lo que constituían garantía bastante los antecedentes del ciudadano electo, su nombre ilustre, por él prestigiado con la administración ejemplar de 1873 y coronado con su abnegación, jamás vista en la democracia americana, al

renunciar la presidencia por que sus compatriotas le negaran el sufragio unánime.

Los desaciertos de Borda provocaron el aislamiento del gobernante que, en su obstinación, lejos de conjurar las consecuencias de su pésima gestión política, hizo aún más hondos los antagonismos existentes entre él y el país, profesando un profundo desprecio á la opinión para lo que no tenía talla bastante, desde que esto solo pueden hacerlo los hombres superiores que se sientan con energías y con cerebro para imponerse á las multitudes.

La atmósfera fué caldeándose á punto de que en ella parecía encontrarse escritos tristes presagios!

Y como coronamiento de tanto desquicio el fraude electoral, torpe y provocador de las iras populares vino á colmar la medida.

La juventud nacionalista levantó la bandera de la reacción cívica y trajo al país á Eduardo Acevedo Díaz, luchador infatigable, de alma fuerte y de grandes pasiones, publicista nervioso, con las vehemencias de Juan Carlos Gómez, sin tener de éste su pasión por los principios y aquel odio santo al caudillaje, que debe ser la pasión suprema de los hombres de bien. — Acevedo Díaz sojuzgado por su temperamento irreductible no supo enderezar su propaganda en el sentido de depurar la atmósfera y organizar á su partido sobre bases legítimas, fomentando las tendencias altruistas, convirtiéndole en una fuerza eficiente para incorporarlo á nuestra evolución á fin de que concurriera con su influencia benéfica á preparar mejores días para el país.

En un mal cuarto de hora de inspiración lanzó á todos los vientos la semilla revolucionaria, á base de tradicionalismo, sin penetrarse de que eso significaba un *salto en las tinieblas;* que íbamos á destruír una de las pocas conquistas que nos había dado el tiempo, la idea de la paz que se había hecho orgánica y la anestesia de las pasiones partidarias, que como resabío de pretéritas épocas surgen á modo de atavismos en el alma de nuestras multitudes, tan pronto se explota la tradición sanguinolenta y se despliega al viento el cintillo.

La prédica de *El Nacional* tenía que ser funesta, por muy sinceras que fueran los propósitos del agitador que le imprimía rumbos.

En primer término, no había civismo en aquella campaña que para dar cohesión á los elementos que habrían de congregarse en derredor de la bandera revolucionaria, se fomentaba los odios partidistas siempre latentes en el corazón de las turbas, y propiciaba la instalación de centros de propaganda, donde se enseñaba á las generaciones nuevas la idolatría por caudillos del pasado, factores de nuestras desgracias, que solo por una aberración pueden ser invocados sin que su memoria produzca un sentimiento complejo de tristeza patriótica y de execración. — De extravío en extravío, nuestra cultura presenció la instalación allá por los arrabales de un Club « Defensor de las leyes » nombre ideado por algún energúmeno para rememorar la época de la más grande tiranía que han sufrido estos países. *El Nacional* presentó un día á la admiración de la juventud nacionalista la efigie de Timoteo Aparicio, el más ignorante de nuestros caudillos

históricos que después de haber vivido toda su vida entre sangre, la coronó convertido en instrumento de Latorre.

El resurgimiento de las pasiones partidarias fué el primer mal de la prédica del fogoso tribuno, pues, como consecuencia de sus agresiones prodújose la reacción colorada, que naturalmente iba enderezada á favorecer á aquellos que todos los elementos sanos del país combatían.

Por otra parte, la idea revolucionaria no pudo ser más desgraciada, pues sencillamente significaba desconocer un principio histórico entre nosotros y prescindir de la experiencia que ya nos ha enseñado cuales son los resultados de las revueltas.

Retar á guerra, sin contar con medios, á una situación que disponía en su favor, tanto para el bien como para el mal, de todo el engranaje y los recursos de la nación, no podía ser obra de políticos prácticos ni siquiera de hombres de buen sentido.

Es principio histórico universal que aún las revoluciones con gran bandera cuando no triunfan solo tienen la virtud de agravar los males de la sociedad.—Por otra parte «al paso que la ciencia moderna excluye la necesidad de una revolución violenta como medio de transformación de las relaciones económicas, la excluye también demostrando la impotencia de una rebelión popular para modificar un organismo social que es producto necesario de un estado determinado de su desarrollo histórico... »

La guerra es el más grave de los recursos, el recurso extremo, al que solo puede apelarse cuando la tiranía

quita *el aire* y *la luz* á los ciudadanos, y aun en este caso es elemental penetrarse de sus consecuencias, pues se vuelve criminal cuando á la esterilidad de los esfuerzos empleados sigue, como producto de la lucha, un orden de cosas peor que el que se quiso combatir.—Desgraciadamente «los pueblos no tienen conciencia de las consecuencias lejanas de sus actos;—por reflexiva que sea una determinación de su voluntad, no se aplica más que á los efectos inmediatos, y sin embargo, la série de los efectos va hasta el infinito.» (1) Se apasionan por un principio, por un prejuicio á veces, y trás él corren hasta el abismo. No se dan cuenta de que las instituciones y los gobiernos son creaciones de una época, elaborados por los sucesos y no por el capricho de los hombres;—que no son los gobiernos, sino su propia idiosincracia que labra sus destinos; — que el conjunto de los caracteres comunes que constituye el alma nacional no se modifica sino por la acción sabia y lenta de la evolución y «que en los problemas sociales como en los problemas biológicos, el tiempo es uno de los factores más importantes; el solo creador verdadero y solo el verdadero destructor, nuestro verdadero maestro y basta dejarle obrar para ver como todas las cosas se transforman.» (2)

«En una palabra, la gran consecuencia que se deriva de la fisiología de la sociedad es la superioridad de la evolución sobre las revoluciones.» (3)—Esto de ningún modo significa decir que sea un deber esperar inactivos,

(1) Fouilleé—«La Ciencia Social Contemporánea» pág. 209.
(2) Gustavo Le Bon—Psicologia de las multitudes» pág. 99-100.
(3) Fouillée—«La Ciencia Social Contemporánea» pág. 146.

resignados ante el mal como un musulmán, aguardando la producción de los acontecimientos.—« Fiarse en el Destino y en la Providencia es fiarse de palabras;—confiar y contar con la naturaleza es sin duda contar con las cosas, pero es olvidar que la fuerza de nuestras ideas y de nuestra voluntad forma parte de la fuerza de la naturaleza, que entran como factor en el destino de los pueblos; que á veces una voluntad aislada—como la de un hombre de genio—puede producir una transformación en el mundo; que con mayor razón las voluntades asociadas en un organismo consciente pueden imprimirse á sí propios y á las demás una aceleración en el movimiento tal, que sea capaz de modificar la marcha de la humanidad.» (1)

Los males sociales son múltiples y complejos. «Debemos distinguir, decía Macaulay en uno de sus famosos discursos, las enfermedades crónicas que se deben atribuir á causas remotas—y el ataque agudo, producto de una reciente imprudencia.» A estas últimas puede aplicárseles remedios radicales, de acción rápida, que repare de inmediato el daño y restablezca las cosas á su estado anterior, pero á las primeras solo por la acción lenta y constante de procedimientos vigorosos que vayan ganando el organismo social, penetrando en el alma de las muchedumbres, en donde al decir de Le Bon se preparan los destinos de las naciones.

« De todas maneras no podemos llegar á ser perfectos sino por medio del *sufrimiento*» nos enseña Carlyle (2) con su admirable profundidad de pensamiento. Y de

(1) Fouillée—«La Ciencia Social Contemporanea», pág. 392-393.
(2) «Los Héroes» tomo I pág. 165.

esta verdad deben penetrarse todos aquellos hombres que ocupan una posición dirigente en el movimiento político de un país. —No basta ver el mal y señalarlo; es indispensable penetrarse de su esencia y darse cuenta de las proyecciones de un consejo y de una actitud.

De ahí la inmensa responsabilidad de los agitadores, que, penetrados de la inferior mentalidad de las masas, las arrastran provocando sus pasiones, presentándoles la perspectiva fascinadora de mejores días, y las impelen al uso de la violencia contrariando los principios consignados por la ciencia social y las propias conveniencias nacionales.

Hay que ser prácticos, para lo cual es preciso despojarse de los quijotismos que muchas veces originan grandes desastres. Por encima de las proclamas bélicas debe estar la enseñanza persuasiva de nuevos rumbos, la creación de nuevos hábitos, la disciplina de los ciudadanos para la labor fecunda, la prédica del amor á lo que es noble y sano, y la formación de saludables y poderosas corrientes que obrando de manera eficiente dentro del ambiente nacional pueden ser factores de progreso, nuevas fuerzas que apresuren la evolución.

Con la guerra solo se obtiene la preponderancia de los hombres de acción; surge el tipo militar, aparecen los caudillos, y la gente de sable impera.—El pensamiento queda relegado, á despecho de la verdad axiomática de que es la sola fuerza capaz de dirigir la marcha de los pueblos.

Los hombres sanos, les ecuánimes, aquellos de alma levantada y de espíritu tolerante se eclipsan y no tienen otro rol que el del sufrimiento, en tanto que las vulga-

ridades y los elementos escoriaceos « suben del fondo á la superficie » esas mismas clases « que en épocas tranquilas se sumerjen yendo á ocupar nuevamente en el fondo su puesto natural. » (1)

Soy tan radical en este punto y es tal mi convencimiento de que todos los hombres bien intencionados deben esforzarse por evitar la producción de esos sucesos, cuyas consecuencias fatalmente á todos envuelven, que niego en términos generales el pretendido *derecho de revolución* tan explotado en los países de Sud América y que, sin duda alguna, ha sido la causa principal de las tiranías que han afrentado á estos pueblos y desprestigiado el nombre republicano.

En 1897 nos encontrábamos bajo una administración de grandes defectos, de corrupción, de fraude electoral, pero estábamos muy lejos de la situación desesperante en que colocados á veces los pueblos, se ven impelidos por la presión del despotismo á lanzarse á la rebelión.—Había garantías individuales, libertad de la prensa, una oposición formidable libremente ejercida, se prescindía en absoluto de la filiación política de los ciudadanos para servir á la administración, y gozábamos de otras tantas prerogativas que constituían diversas conquistas;—y todo eso nos había dado un largo período de paz durante el cual fuimos corrigiendo muchos defectos y morigerando muchas pasiones.

Espontaneamente no se hubiera producido un levantamiento popular: fué necesario prepararlo con tiempo, pro-

(1) Macaulay—« Discursos parlamentarios »

vocando los odios partidarios dormidos en el fondo del alma de nuestros hombres.

La revolución nos haría perder todas las pocas cosas buenas qne habíamos conquistado y no reportaría al país el beneficio de extirpar las muchas cosas malas que pesaban sobre él.

Por lo pronto llevaría al partido colorado, que era la mayor fuerza opositora, á rodear al gobernante impopular, por instinto de conservación. Tendríamos entonces la lucha entre blancos y colorados, que significaba un retroceso de un cuarto de siglo en nuestra vida política.

Ninguna de esas consideraciones influyó en el ánimo de los ciudadanos nacionalistas que dirigieron el movimiento político. Se creyó que era bandera legítima, bastante para justificar el crimen de la guerra y sus consecuencias, *la verdad electoral:* y esto se hacía en un país donde jamás fué una verdad el sufragio!

Fuimos á la guerra dando otra vez pruebas de nuestra incapacidad.—La ola revolucionaria arrastró aún á aquellos elementos que á pretexto de profesar un sincero *posibilismo* venían prestando su concurso á la situación y sancionando todos los extravíos de la gestión gubernativa del Presidente Borda.

Nuevamente la divisa ciñó la frente de nuestros gauchos, de esos inconscientes que lo mismo sirven al mal que al bien, que con igual fiereza rinden su vida defendiendo la libertad como defendiendo la tiranía, y que en la historia de nuestras desgracias tuvieron siempre un rol culminante, no siendo otra cosa las más de las veces « que pedazos de carne destinados á mantener á esos

buitres que llamamos caudillos » como con exacta precisión dijera uno de nuestros más ilustres estadistas, el doctor don Andrés Lamas.

Transcurrieron los meses luchándose en nuestras cuchillas.—Tres Arboles, Arroyo Blanco, Arbolito, Tarariras, Cerro Colorado, no indican al que estudia serenamente nuestras cosas sino otras tantas sangrientas hemorragias, esterilmente producidas, sin que nada ganaran ni el país, ni las libertades populares, y como aditamento, el germen de nuevas desgracias con el resurgimiento del caudillaje, que varios años de paz habían sido bastante para hacerlo desaparecer.

III

Eliminado Borda, que representaba en el gobierno la obstinación en concluir por las armas la guerra provocada por sus desaciertos, surgió vigoroso el sentimiento de la paz que dominó á todas las clases, formando en el país un ambiente propicio á la conciliación.

Las gestiones preliminares enderezadas á éste fin pusieron en evidencia cual habia sido el primer resultado de la lucha, todo el cambio operado en el corto lapso de tiempo que medió entre el principio de la rebelión y las negociaciones de avenimiento.

Al producirse la invasión, la Junta revolucionaria, autoridad suprema instalada en Buenos Aires, había enviado al ejército como director político de la guerra, representante del Comité, al doctor Duvimioso Terra, que traía un cometido semejante al de los convencionales franceses que acompañaban á los ejércitos de la República durante aquel período famoso que rigió la Convención; igual cargo al creado por los patriotas porteños del año 1810 cuando salieron las primeras legiones de patricios á combatir el poder español del Alto Perú. —Infantilmente se creyó que de esa manera podría conservarse para los elementos civiles la actuación dirigente

en la marcha de los sucesos; que manteniendo al lado de los sujetos de sable á un hombre de carácter, se obtendría por parte de aquellos un absoluto sometimiento á la voluntad de los hombres de inteligencia.

Cuando se produjeron las negociaciones de paz, ya no había en el ejército ningún convencional, delegado de la autoridad legítima del partido en armas: el caudillaje imperaba soberano.

Desde el comienzo de la guerra el doctor Terra previó cual iba á ser su rol al lado de los hombres de acción, y muy pronto optó por retirarse para no verse convertido de director en subordinado de los caudillos.

Hubo que pactar con Saravia que era la entidad que representaba la fuerza y que durante la guerra habíase emancipado de la tutela del Directorio. Este no tuvo sino un rol secundario en las tratativas, apenas el indispensable para dar cierto carácter á la transacción.

Se cumplía la ley histórico - sociológica. — Los hombres que en la lucha pacífica contra el mal tenían la posición dirijente, fueron relegados, en tanto que aquellos que ocupaban *en el fondo de la sociedad su posición natural* surgieron á la superficie con la violencia. Dábamos una vez más pruebas de nuestra descomposición, en presencia de aquel hecho inaudito, que elevó á la categoría de representante de un partido político á un hombre refractario al ambiente social, que hasta entonces no había encontrado otra forma de poner en juego sus energías sino mezclándose en los disturbios del país vecino, como instrumento de devastación de uno de los partidos de Río Grande.

Una vez en la pendiente del desconcierto la subversión continuó su obra. Los primaces nacionalistas ante la prepotencia del caudillaje enseñaron al país cual era su dósis de altiveces, sometiéndose sin vacilaciones á los elementos que encarnaban la acción. — No hubo una sola protesta, si bien quedó un rebelde, que más tarde en medio del naufragio del civismo de los hombres de su credo, había de llegar salvo á la orilla para ser con el tiempo *el primer minorista*, y el primer convencido, acaso el único entre los suyos, de que la revolución del 97 fué un desastre.—Nos referimos al doctor Duvimioso Terra.

Los sucesos posteriores son reveladores de la crisis que dominó al país y de la incapacidad de nuestros hombres dirijentes en punto á previsión, cualidad indispensable para alcanzar el nombre de estadista.—Se pactó la paz sobre la base del quebrantamiento de la uindad política de la nación, creando dentro del Estado otro Estado que se entregó al gobierno de los caudillos.

No es posible concebir nada más absurdo y más subversivo. Solamente la descomposición de la época, que pervirtió el sentimiento y el criterio públicos, puede explicarlo. — Dimos nuevamente pruebas de nuestra ineptitud, tanto los de *arriba* como los de *abajo*, pues, confundidos los unos y los otros impusieron al país como fórmula indiscutible, esa solución que envolvía los gérmenes de nuevos y mayores males y decretaba la prevalencia del caudillaje y la guerra futura que costaría raudales de sangre, la pérdida de las libertades que gozábamos y el derroche criminal de la vitalidad de la nación en el campo de la lucha fraticida.

Nuestra prensa tuvo su nota fulminatoria, la palabra candente de Juvenal para aquel que opusiera una patriótica resistencia al pacto celebrado; los hombres de trabajo, las clases productoras y conservadoras, los hombres de pensamiento, los elementos extranjeros, formaron la ola popular que ejerciendo la peor de las tiranías — que es la tiranía de las turbas — negaron á los ciudadanos el derecho de discutir los inconvenientes de la paz. La propia Asamblea incorporose al ambiente, vacilante en un principio pero sometida cobardemente después, y votó por aclamación la fórmula de muerte, contra la cual solo se opuso — con el valor de un convencional francés — el doctor Herrera y Obes, el mismo que con sus desaciertos había contribuído á traernos aquella situación.

Curioso y elocuente al mismo tiempo fué el espectáculo que ofrecieron al país nuestros hombres expectables. Tuvieron energías viriles y valor cívico para combatir vigorosamente otrora el despotismo de los gobiernos de cuartel y supieron crear contra las demasías de Borda la oposición más formidable que se pueda levantar contra un gobernante impopular, y sin embargo, en aquellos momentos, con una inconsciencia inaudita renunciaban ellos mismos sus aspiraciones de ciudadanos para entregar una extensa zona de la República á una situación intolerable en la que solo imperaría la brutalidad hasta el punto de desaparecer las garantías individuales que gozábamos plenamente antes de la revolución.

Sojuzgados por sus grandes prevenciones contra el

régimen que había tenido su último representante en Idiarte Borda se lanzaron á aquella obra de desorden sin detenerse un instante á reflexionar sobre *lo que vendrá.*

« ¡ Cuántos hombres si pudieran darse cuenta de las consecuencias de sus actos en el orden político verían en sus manos, como Lady Macbeth, las manchas de sangre que nada ni nadie pueden lavar ! » (1)

Es que todo aquello no era otra cosa que la fatalidad impuesta por nuestro caracter, nuestras intemperancias, nuestra manera de ser y esa falta de orientación tan necesaria en la vida de los pueblos para que estos puedan llegar á la realización de sus destinos.

Vivimos varios meses entregados al imperio de las pasiones; la calle y la plaza pública invadida por muchedumbres heterogéneas que caldeaban con sus imprecaciones la atmósfera. Nuestra prensa en el delirio producido por el odio al régimen *bordista*, con su prédica contribuía á fomentar los instintos de las masas á fin de disciplinarlas para la obra radical proyectada por los más exaltados de arrasar con todo el andamiaje existente. Jamás, en el largo proceso de nuestra existencia, atravesó el país por una crisis moral más profunda!

La corriente maléfica recorrió de arriba á abajo y del llano á las alturas, anulando toda resistencia. Era inutil invocar el derecho.

Llegamos á tal despotismo de la mentira y la mistificación que se volvía peligroso intentar la más pequeña reacción en favor de la verdad; la seguridad personal

(1) Fouillée «La Ciencia Social Contemporánea» pág. 371.

estuvo librada durante varias semanas á los excesos del populacho «que quiere siempre la libertad para él y nunca para los demás» (1) y concluye por propiciar la pérdida de la suya y la de los otros.

En aquellos días grises se puso en evidencia la organización de muchos de nuestros políticos, su cobardía, insuficiencia de caracter y falta de probidad. Olvidaron ellos que los hombres de Estado deben tener el heroísmo de oponerse á las turbas—que son siempre chatas de mentalidad como de moralidad—«y que deben considerar una vergüenza el aplauso de ellas» (2) porqué «de cada cien personas solo hay una en disposición de poder juzgar acertadamente» (3) y esa una en el ambiente inficionado de las masas pierde todas las condiciones de su superioridad.

En ese tren íbamos fatalmente á la dictadura, al gobierno irresponsable que era lo que reclamaba el país.

Proclamada abiertamente la necesidad de derrocar el Cuerpo Legislativo, que era el representante del régimen condenado, fuimos estremando la nota del desconcierto, anulando todo temperamento conciliador, para precipitar los sucesos.

Solo una fuerza hubiera sido de eficiencia para garantir la estabilidad de lo existente é impedir que mayores males se cernieran sobre el país, pero, desgraciadamente, la inseparable fatalidad debía conspirar oponiéndose á nuestra salvación.

---

(1) De Garófalo — «Superstición Socialista» pág. 180.
(2) De Garófalo — «Superstición Socialista» pág. 215.
(3) De Stuart Mill — «La Libertad» pág. 37.

Las claudicaciones de los hombres habían llevado al gobierno á Cuestas. Nada podía esperarse de aquel vidente que vislumbró la ocasión de vengarse en el país de su suerte pasada.

De error en error nos encaminamos al abismo. — Se pactó entre nuestro pueblo y el gobernante la solidaridad del crimen.

Y á la resistencia de la Asamblea que pugnaba por conservar la legalidad convencional, se le rodeó del vacío, del anatema popular, de la amenaza, del escarnio, hasta se llegó á la insanía de pretender dominarla por el hambre. (1)

Los sucesos en su vertiginoso desarrollo impusieron un dilema cruel á los legisladores: transigir, sometiéndose á la fatalidad de las cosas, prestando sanción legal á los excesos ocurridos y esforzarse por iniciar una nueva era con el mismo Cuestas, restableciendo de ese modo, en lo posible, el orden ó sucumbir dando un ejemplo de esteril independencia y de falta de previsión.

Acaso políticos prácticos no hubieran vacilado ante la inmensa responsabilidad que pesaba sobre aquellos hombres, que obstinadamente resistían, sin contar con medios ni fuerza alguna para impedir el desborde y oponerse á la avalancha que había de aplastarlos y aplastar al país.—Carlos María Ramírez tuvo la intuición de las cosas: ante lo irreparable, devoró sus escrúpulos y *sufrió el dolor patriótico* de colocar al frente de su diario como candidato presidencial, junto á su nombre ilustre, el nombre de

(1) Es sabido que una de las medidas tomadas por Cuestas para vencer á la Asamblea, fué la suspensión del pago de las dietas.

aquel que había tenido «el alma flexible como la carne de un molusco, cazador de puestos elevados, que ya deslizándose, ya arrastrándose, pasó la vida sin permitir que apareciera en ella el más leve impulso de independencia viril, extirpando el último vestigio de nobleza y dignidad, inclinándose ante todos los que estaban más altos, procurando serles agradable é imitándoles de un modo servil» como esos cortesanos que reunen, según Max Nordau, (1) tales cualidades para atraer la mirada de sus príncipes.

La ola popular continuó invadiéndolo todo, empujada por los de arriba, desconociendo la justicia y afrentando nuestra cultura, sin que de entre los primaces de la reacción surgiera un elemento morigerador que contuviese los excesos y se penetrara de que «todo hombre tiene el deber de pisotear, cuando llega la ocasión, la cabeza de esa víbora que se llama la arbitrariedad». (2)

Espectáculo bochornoso presenció Montevideo, cuando recorrió sus calles aquella masa humana, previamente trabajada en sus ideas y en sus pasiones, pidiendo á grito herido la dictadura! Aquella columna heterogenea, de diversa procedencia y nacionalidad, de diversa educación y clase social, gente pensante y de ideales los unos, escoria del arroyo y turba descompuesta los otros, juventud entusiasta, hombres de trabajo, todos iban por el camino del error! — á descubrirse respetuosos ante la presencia del gobernante que, recapitulando su pasado, pudo sentir el más intenso de los placeres de un egoísta al contemplar á un pueblo

(1) «Las Mentiras Convencionales» Max Nordau pág. 143.
(2) De Ihering — «La Lucha por el Derecho» pág. 70.

proclamando sus virtudes é implorándole su despotismo. Ah! Cuanta perversión del sentido moral!

El delirio se apoderó de nuestros hombres; la fiebre de la dictadura envolvió á todos, como si sintieran nostalgías de pretéritas épocas de oprobios.—Hasta el brillante cenáculo constitucionalista, que vivía en la penumbra y alejado de la lucha política activa profesando *la abstinencia del mal antes que la persecución enérgica del bien*, se incorporó á la corriente.

La avalancha llegó á las gradas del Parlamento, amenazadora y delirante, provocando en los que la contemplaban la evocación de aquellos días en que las turbas de Paris invadieron insolentes á Versalles, amenazando destruir lo existente.—Pero que radical diferencia de situaciones! Allá Challemell-Lecour pudo dirigirse al mariscal de Galliffet, que estaba al frente del ejército,y pronunciar la frase histórica: « *Fusilad toda esa canalla!* mientras que acá no teníamos un Galliffet que en momentos de grandes subversiones se elevara á la altura del deber, como que no teníamos ejército por que la ola demagógica también lo había destruido.

Desplomose la legalidad convencional y viciada, cayendo envuelta en el desprecio público, y sobre sus ruinas levantose la dictadura, mal disimulada con el establecimiento del Consejo de Estado, Asamblea híbrida, nombrada por el dictador consultando las aspiraciones populares, en la que tomaron asiento, en mezcla confusa, ciudadanos dignos, de talento é ilustración y antecedentes cívicos honestos, y vulgaridades que habían sido elementos de servilismo y fraude electoral en épocas anteriores.

Con la dictadura, se agravó profundamente la crísis que los sucesos últimos generaron. Desaparecieron en absoluto las garantías individuales; por un lado la persecución constante de Cuestas á los elementos disidentes y del antiguo régimen, por otro *la constante voluntad anti social* del caudillaje persiguiendo á los colorados en los departamentos sometidos á su autoridad. En Montevideo el espionaje se convirtió en sistema, servido por un personal numeroso y asalariado; el destierro volvió á ser como en épocas de Pereyra medio fácil de alejar á los opositores; la delación y la calumnia fueron admitidas por el dictador y por ellas los hombres sindicados de conspiradores sometidos á los tribunales militares y conducidos á la fortaleza y á los cuarteles. En los feudos de los caudillos reaparecieron las prácticas latorristas: el cepo y el asesinato llegaron á ser medios ordinarios de intimidación. De este modo fuimos rebajando sensiblemente el nivel moral del país y preparando los sucesos que se desencadenaron después, como si una racha siniestra soplara sobre la República. Faltoles á los creadores de la situación, entereza de carácter para oponerse á los desmanes del poder; la cobardía fué la enfermedad de la época, y aún hubieron quienes por solidaridad con el golpe de Estado optaron por sufrir resignados los extravíos del dictador. Nuestros hombres en su claudicación se sustrajeron á las mismas leyes psicológicas. «Es debido á una cualidad del espíritu humano, enseña Stuart Mill, la fuente de todo lo que hay de respetable en el hombre, ya como ser moral, ya como ser intelectual, á saber: que sus errores son corregibles. El

hombre es capaz de rectificar sus equivocaciones, por la experiencia y la discusión. No por la experiencia solamente: es necesario la discusión para mostrar como debe interpretarse la experiencia. » (1) Nuestros hombres se negaron á la discusión y mantuviéronse indiferentes ante la experiencia.

El Consejo de Estado conservose consecuente con su época prestando sanción á todos los excesos. De él puede decirse lo que Macaulay del Parlamento de *College-Green*, « que fué la Asamblea más destituída de principios de cuantas han habido en nuestro país. »

A medida que corrió el tiempo fuimos dándonos cuenta de lo que significaba entregar la sociedad á la irresponsabilidad de un hombre ; como también de los peligros que entrañaba aquel orden de cosas, que tuvo su orígen en tres fuentes inficionadas: las decisiones de la plaza pública, el motín y la voluntad del caudillaje. A los cuatro meses del establecimiento de la dictadura, la ciudad era cañoneada por el ejército,— al que se le había obligado antes del golpe de Estado á suscribir el famoso documento, que constituye otra de las bajezas de la época, según el cual, solo respetaría la elección de presidente que realizara la Asamblea en el caso en que el agraciado con el cargo de honor fuera Cuestas, consagrado Washington salvador de nuestra democracia.

Edificante espectáculo dábamos, ante propios y extraños, con el de una lucha en la que la soldadesca dirigida por los que habían firmado en primer término el docu-

(1) «La Libertad» pág. 38, Stuart Mill.

mento de muerte contra la Asamblea, uno de ellos elevado á la categoría de legislador como miembro del Consejo de Estado—ametrallaba la ciudad á pretexto de restablecer la legalidad que había derrocado, pero sin más propósito real que el oculto de entregarnos al militarismo!

Trás el fracaso del motín vino la sanción necesaria, al precio de una felonía.—El destierro llevó al extranjero á los perturbadores, pero no por eso desapareció el gérmen de las sediciones y de los pronunciamientos.

Constante zozobra fué el régimen normal en que vivimos después de esos sucesos, aumentada por los frecuentes atropellos de la dictadura contra aquellos que tuvieran vinculaciones con los focos de conspiración. Ni los más insignificantes lograron sustraerse á la persecución oficial, aplaudida por muchos y otorgada con el silencio por otros muchos, desconociéndose así la más elemental noción de justicia, que nos indica que hasta los más abyectos tienen sus derechos, y sus garantías deben ser inviolables.

En ese orden de cosas llegamos al momento comiciario que reservaba al país nuevas sorpresas.

El acuerdo se impuso por ser la única forma de salvarnos de la guerra civil, ya que era imposible concurrir á las urnas á raíz de la dictadura.

El pacto electoral no fué superior en su aplicación, á las elecciones de Borda, pues, el nuevo Cuerpo Legislativo no representó sino la voluntad del oficialismo por un lado y por el otro la del caudillaje.—Éste no tenía porqué dudar de los suyos: aquél excluyó á los que con anterioridad á su proclamación no suscribieran el compromiso de votar á Cuestas en la elección presidencial.

IV

¿Revelábamos aptitudes para el régimen de libertad cuando el país después de derrocar un sistema viciado invocando el *ansia de algo mejor*, llegaba al restablecimiento del gobierno constitucional, con el hombre que durante un año de dictadura había puesto en juego, como expedientes legítimos, todas las prácticas de los gobiernos militares?

¿No es altamente significativo el hecho de que las circunstancias impusieran fatalmente la elección del dictador que habíase ensañado con los vencidos, negándoles sus derechos políticos y libertades civiles, aún las más elementales, y que por más de un concepto era garantía segura de un próximo despotismo que pesaría sobre todos los ciudadanos?

Para mi es de una elocuencia abrumadora.—Ni con el régimen antiguo ni con el que le sucediera realizábamos el concepto de la libertad.—Antes, por el fraude se escamoteaba los derechos políticos, que solo tenía y solo aprovechaba de ellos la fracción oficialista. Después, los hombres del nuevo régimen penetrados de la imposibilidad de entregar el país á la verdad del sufragio, por medio del acuerdo excluyeron deliberadamente á los caídos

y hasta negaron á los nuevos legisladores el derecho de votar por otro candidato que no fuera el propio dictador que había presidido el pacto electoral.

¿Habíamos progresado algo? Yo lo niego absolutamente.

Los sucesos posteriores continuaron demostrando cuán lejos estábamos de la verdad democrática.

Los elementos que respondían á la situación condenada se mantuvieron alejados y en una actitud de perfecta abstención.

Sobrevienen las elecciones parciales para renovar la tercera parte del Senado. La lucha comiciaria se trabó entre los nacionalistas y la fracción colorada gubernista. De los seis senadores á elegirse, cinco resultaron nacionalistas: éstos triunfaron hasta en las circunscripciones historicamente coloradas.

Qué se produjo entonces? — La reacción contra Cuestas por parte de los mismos que prestigiaron su conducta de opresión hácia los disidentes. Se proclamó la necesidad de la unificación del partido de la Defensa para contrarrestar al *enemigo tradicional.* ¡Qué de contradicciones se ven en nuestro pueblo! Con el *enemigo tradicional* se pactó para expulsar del poder y negar después representación á los hombres de un sistema que fué botado al desprecio público, y cuando en la lucha electoral la derrota produce el *fiat lux*, se abandona entonces el estribillo tan explotado de la *concordia y fraternidad* — en nombre del cual se estableció el nuevo régimen — y se declara indispensable que el partido de las *grandes tradiciones* se apreste para vencer *al enemigo tradicional.*

Un extenso movimiento partidario surgió vigoroso dando margen á la discusión vehemente, á la instalación de clubs, á la prédica agresiva é incendiaria contra aquellos que no habían hecho otra cosa sino triunfar en la lucha pacífica del comicio. Desapareció la *hermandad* proclamada meses antes, y los mismos que la habían pregonado esforzáronse por inflamar el sentimiento partidista, y arrastrar á las masas, no por la enseñanza del deber cívico y movidas por el amor á un ideal, sino á impulsos de las pasiones atávicas que debían traernos nuevos males.

En el campo nacionalista enardeciose la fibra primitiva; de intemperancia en intemperancia, envanecido por el triunfo obtenido, y ya distanciado de Cuestas, «El Nacional» en el tono de su habitual lenguaje calificó al partido del poder de «podrido y decrépito». — Cuestas, incapaz de colocarse á la altura de las circunstancias y de prevenir los males que necesariamente debía reportar la ruptura de relaciones entre los elementos que habían creado la nueva situación, se produjo de manera inhabil y torpe.

La solución dada á la elección de Presidente del Senado agravó las cosas, pues, significaba abiertamente la actitud resuelta y provocativa de los nacionalistas, que ante las agresiones del gobernante, procedieron erróneamente, retando á la situación é hiriendo las pasiones de partido, ya entonces bastante exaltadas.

¡Siempre los detalles reveladores de nuestra imprevisión, de nuestras intemperancias y de nuestra ineptitud!

En el terreno de la violencia, Cuestas prescindió hasta de las formas. Al plan nacionalista de obstrucción

practicado en el Senado, respondió con el destierro de los de los senadores colorados que cooperaban á aquél, el mismo expediente que había empleado antes para quebrantar la uniformidad de acción de la anterior Asamblea.

La situación fué agravándose sensiblemente, sacrificando los elementos que más la habían servido, anarquizándose á si misma. Volvimos á las prácticas de la dictadura: el espionaje, la delación, todos los procedimientos enderezados á vejar á los ciudadanos, fueron empleados por el jefe del Estado, como si éste en medio de sus neurosismos quisiera vengar viejos agravios en los hombres que lo habían elevado. La perseverante crueldad del mandatario llegó á sentirse satisfecha, pues, uno á uno, fué deprimiendo á todos aquellos que más le endiosaron.

El vacío se hizo completo en las alturas y un gran desencanto invadió los espíritus. Se temió por la paz pública, lo único que restaba del naufragio. — El gobernante en un rato de lucidez comprendió que íbamos fatalmente á la guerra y, poseído de un supremo egoísmo, para salvar del desastre al menos su gestión administrativa, que mereció la sanción del país, optó por ganar la alianza del caudillaje, al precio de peligrosas concesiones, con lo que aseguró la inacción de los nacionalistas. En cuanto á sus correligionarios, los dominó por el despotismo y la corrupción, contando con la impunidad que le garantían las bayonetas.

De esa manera el país y nuestros partidos fueron alejándose más y más, día á día, de la vida institucional. El sensualismo de mando, en los unos, los arrastró á

congregarse estrechamente alrededor de los caudillos, que representaban la fuerza, la base para operaciones de futuro; en los otros, el desconcierto producido por la acción disolvente del poder dió como derivativo la pasividad de la fracción vinculada al golpe de Estado y la abstención sistemada de los colorados opositores.

En medio de las incertidumbres de aquella situación se presentó, complicando nuevamente el problema político, la más grave de todas las cuestiones que afectan siempre al país: la formación de las Cámaras que deben elejir Presidente.

Otra vez el terrible dilema: la paz ó la guerra.

Cuatro años habían transcurrido del golpe de Estado realizado para entregar la República á la verdad del sufragio; sinembargo, llegada la época próxima al comicio, dominó á la conciencia nacional la certidumbre de que la lucha en las urnas nos llevaba á la guerra civil.

Elocuente prueba de nuestra capacidad para el régimen institucional!

No había habido otra forma de preparar los partidos sino sobre la base del odio, ante el cual no hay decisión legal que obligue á resignarse al fallo del comicio: lo mismo que ¡cincuenta años atrás! Y también, como en aquellas épocas de recordación dolorosa, el caudillaje continuaba siendo la base de organización de uno de ellos!

El acuerdo se impuso nuevamente como que era la única forma capaz de conservarnos el bien inapreciable de la paz. Sino daba al país una solución, al menos le ofrecía la posibilidad de un mejoramiento, con tal que

en el futuro se obrara con prudencia y patriotismo, con previsión y sentido práctico y sobre todo con una dósis mayor de civismo que la empleada hasta entonces por la mayoría de nuestros hombres públicos.

Ir á las urnas era sencillamente llevar á la derrota al partido del poder, mutilado por Cuestas, perseguido con el concurso de la fracción que acompañó á aquél en el golpe de Estado, y ausente en su mayoría de los registros de inscripción.

Trás la derrota, fatalmente vendría la solución militar á entregarnos á los hombres de cuartel y tras esto la guerra civil promovida por el caudillaje que para escarnio levantaría la bandera de las grandes reivindicaciones. Solo el acuerdo podía salvarnos; y á eso título fué votado, aun mismo, por muchos ciudadanos que eran francamente enemigos de la situación (1) y estaban persuadidos de

---

(1) Exactamente las mismas ideas, aquí expuestas, profesaba yo entonces. Contrariando la corriente que seguía la juventud colorada, yó voté el acuerdo en la gran Asamblea formada por la Convención que se reunió bajó la presidencia del doctor José Ladislao Terra. — Para justificar mi actitud aparentemente contradictoria con la tésis que había sostenido en mi obra. «El Pacto de la Unión» en la que combato severamente las fusiones híbridas del pasado y sobre todo aquel pacto histórico celebrado por el caudillaje blanco y colorado, juzgué entonces conveniente fundar mi voto, y lo hice en estos términos:

«Yo no sé, señor Presidente, si mi voto representa las ideas y sentimientos de los colorados de Paysandú que me honraron con el cargo de convencional, pero, sé en cambio, que él contraría mis propias convicciones. — Discípulo ardoroso y entusiasta de las enseñanzas de Juan Carlos Gómez, tendré por norma de vida política los ejemplos y consejos de aquel incomparable maestro.

«Los acuerdos no representan otra cosa que fusiones accidentales; y en nuestro país la política fusionista solo nos ha dado lágrimas y sangre. — Sinembargo, las circunstancias actuales imponen de manera ineludible el pacto electoral. Los sucesos nos han arrastrado á una situación en que el acuerdo es de forzosa necesidad!

«Yo entiendo que nos encontramos en frente de un dilema irreductible: el acuerdo ó la situacion de fuerza. Ante tal disyuntiva soy un convencido de que ningún ciudadano de civismo debe vacilar. Entre el acuerdo, que será si se quiere una inmoralidad, pero que al menos nos ofrece la esperanza de conservar la paz actual, y con ella, la posibilidad de un mejoramiento en el futuro — y la solución de fuerza que nos entregaria al dia siguiente de nuestra derrota electoral al escándalo y al aprobio que representa el entronizamiento del militarismo — yo no vacilo; opto por el acuerdo.

«Hechas estas manifestaciones, doy mi voto favorable.»

que después del país, el primero en aprovecharlo sería el propio Cuestas, que solo así lograría concluír tranquilamente el período constitucional, dejando á su sucesor todo el lote de sus errores.

La Convención Colorada lo votó de mal grado, la mayoría de sus miembros aceptando la imposición oficial.

Los nacionalistas sofocaron sus rebeliones íntimas y en aquella ocasión, como en otras, se sometieron á la voluntad prepotente de los caudillos, aliados del Presidente.

V

Como si no fuera bastante elocuente nuestro pasado para demostrar la ineptitud del país en la elaboración de sus destinos, dimos una nueva prueba con el proceso operado últimamente para la solución del problema presidencial, en el que, como manifestación acabada de la idiosincracia nacional y de las condiciones de los hombre dirigentes, estuvieron en juego todas las fuerzas populares y hubo tiempo para que la meditación serena contribuyera con el auxiliar poderoso de la experiencia á darnos una solución que dejara señalada en nuestra historia la iniciación de una nueva era, pacífica y fecunda.

Nuevamente las pasiones y los prejuicios, las intemperancias y los personalismos conspiraron contra el buen sentido y contra los principios universales, de política práctica, y nos arrastraron al desastre de la guerra civil.

A la ofuscación de los unos, lejos de oponérseles la persuasión y una dialéctica de verdad y raciocinio, se opuso la ofuscación de los otros, con nuevos motivos para que en el bando contrario se determinara un ambiente de antagonismos anacrónicos.

Es por más de un concepto curiosa la psicología de

nuestro pueblo y de sus clases directoras, de los políticos y de los hombres de prensa, de los encumbrados y de la masa.

De error en error, de recriminación en recriminación, van fatalmente al caos, y como si sintieran una inmensa satisfacción íntima en poder atribuir al adversario todo el lote de las desgracias nacionales, lejos de rectificarse en sus errores, en beneficio de la obra común, van ratificándolos y provocando nuevas causas generadoras de otros males. En las clases superiores falta siempre la previsión que les permita alcanzar las consecuencias mediatas de sus actos. Por lo que respecta á las masas, como si estuvieran en absoluto privadas de ese «instinto social, inconsciente como los demás instintos, que se manifiesta en las horas decisivas de su historia, una cierta adivinación del daño, un sentimiento secreto de su esencia y de su conservación...» (1) se lanzan obstinadamente por el camino del desastre.

Una vez producido el desenlace, con la inevitable guerra civil, en vez de procurarse, por unos y por otros, la reparación de los males sufridos y restablecer en lo posible y en lo humano las cosas, de manera que haya la posibilidad de proseguir la tarea de vigorizar el organismo nacional y preparar el país para mejores días, todo se resuelve, como si fuera conducta patriótica y discreta, en acusaciones, en la justificación de la actitud propia, en la invocación de la causa del país, mientras la nación se derrumba y se desangra, y se deprime cons-

(1) Fouillé «La Ciencia Social Contemporánea» pág. 209-210.

tantemente su nivel moral y se crea un ambiente que hace imposible la vida para los hombres de pensamiento.

«...Nada más fácil, dice Macaulay, que escribir un tratado, poniendo de manifiesto la maldad de traer, por puro capricho, sobre una sociedad numerosa, las desdichas inseparables de la revolución, el derramamiento de sangre, el despojo y la anarquía.» Lo difícil—que es precisamente la gran obra á que deben consagrarse los hombres de cerebro — está en prevenir con una actitud prudente y discreta esos grandes cataclismos y, cuando el desborde se ha producido como una fatalidad irrevocable ó como consecuencia de errores propios ó comunes, la suprema sabiduría aconseja despojarse de las pasiones y encarar los sucesos con sentido práctico, sacrificando cualquiera otra consideración y sobre todo aquellas que puedan tener caracter personal.

Nada de eso se tuvo en cuenta por nuestros hombres en la elaboración de los últimos sucesos, desde los preliminares del proceso relativo á la elección presidencial hasta los días que corren. En cambio, la imprevisión y las afecciones particulares, las prevenciones y los odios de camarilla fueron los factores que determinaron los acontecimientos.

En las alturas, el gobernante obstinose en imponer su sucesor, contrariando las corrientes populares. Y en los clubs y en la plaza pública, tanto en uno como en otro partido, se prescindió de la realidad de nuestras cosas y de lo que reclamaban las conveniencias generales, para encaminarnos una vez más por

la pendiente del abismo. Lo práctico y juicioso, ya que la situación tenía su orígen en el acuerdo, era mantener la comunión de fuerzas á fin de llegar á una solución que representara la aspiración común, surgida del fondo de la conciencia pública y prestigiada por los hombres contratantes del pacto electoral, que eran los que habían derrocado el régimen anterior.

De esta manera se volvía posible prolongar el *statu-quo* creado por los sucesos. Y sí no constituía ello una solución definitiva, al menos al amparo de la paz, que sería su resultado, podría el país desenvolver su vitalidad, morigerar sus hábitos y, acaso, incorporar con el tiempo algún nuevo elemento á su evolución que tuviera la virtud de influir favorablemente en nuestro desarrollo ulterior.

Las cosas se encaminaron en sentido radicalmente contrario, aún agravadas por la falta de carácter y de altiveces cívicas de muchos sujetos dirigentes. Por un lado, se produjo la concentración nacionalista, juramentándose para proceder bajo severa disciplina en obsequio á una conducta uniforme. Por el otro, la anarquía representada por las dos tendencias á que se incorporaron los legisladores colorados.

Una distinta manera de encarar los sucesos y pasiones encontradas, incapaces de someterse á un plan de rigidez, promovieron la ruptura del compromiso nacionalista con la consiguiente desnaturalización de la palabra empeñada.

En el campo colorado la bifurcación fuó acentuándose, definiendo la actitud de sus elementos á medida que se aproximó el instante eleccionario. La imposición oficial

fué aceptada sin resistencias por algunos. En cambio los demás tomaron rumbos distintos siguiendo las afecciones personales. Nunca más necesaria, que en esos momentos supremos de la vida de los pueblos, la orientación de los espíritus hácia el camino de la salvación, cuando desaparece la armonía de las fuerzas en juego, cuyo resultante encierra la suerte nacional! No tardó en presentarse el error que desviaría á los hombres de la solución práctica. Los prejuicios y las pasiones tuvieron su intervención llegando á colocar en condiciones antagónicas á los dos grupos que se mantenían independientes de la voluntad presidencial. La minoría, consecuente con el plan á que se había entregado, vinculó su conducta á los nacionalistas que se mantenían en actitud hostil, congregándose unos y otros alrededor del mismo candidato.

Muy pronto se vió la consecuencia de esta actitud.

Ante la concentración de los nacionalistas con candidato propio, dispuestos á librar batalla á los que con ellos habían creado el nuevo régimen, surgió la tendencia á la unificación colorada.

El mal se acentuaba, ya que en la solución del gran problema los partidos tradicionales en vez de esforzarse por una *entente* provechosa colocarónse en terrenos opuestos.

Nuevos sucesos modificaron un tanto las cosas, pero, desgraciadamente, no en el sentido favorable á los intereses generales.—La imposición oficial y de los caudillos triunfó en el campo nacionalista, y la *mayoría* ante el convencimiento de que su candidato no lograba en su obsequio los sufragios necesarios para asegurar el éxito y

con el propósito de concurrir de manera eficiente á la solución del magno problema se inclinó al candidato gubernista. Pero ya el error era irreparable. Dos circunstancias habían decretado su derrota: la *minoría* no quiso aceptar la evolución que juzgó indecorosa por el doble concepto de constituir una defección y ser impuesta por el oficialismo y el caudillaje, y la mayoría colorada, ante la la agresión de sus adversarios, había pactado con anterioridad la concentración en favor del candidato que tuviera más sufragios de legisladores de su credo, lo que vino á herir de muerte al candidato oficial.

Los dados estaban tirados.

Ni al precio de una claudicación logró la *mayoría* nacionalista cooperar con su concurso á la elección á efectuarse.

De sorpresa en sorpresa fuimos presenciando el desborde esteril de pasiones que solo sirvieron para impedir el advenimiento necesario.

El antagonismo entre las dos fracciones nacionalistas fué acentuándose, tanto más cuanto que la *mayoría*, apoyada por los caudillos, logró arrastrar consigo toda la masa de su partido, que no tardó en descalificar por el voto de la «gran convención» á aquellos que lo habían *traicionado* ó imposibilitado el triunfo en las dos ocasiones en que estuvo congregado alrededor de un candidato.

Aun despues de producidos estos sucesos no se había llegado á ninguna solución, pues, los candidatos en juego no tuvieron, en virtud del pacto celebrado por los legisladores colorados, la mayoría legal.

De un lado, estaba el candidato oficial con la mayoría

nacionalista y la fracción menor de los legisladores que formaban la mayoría colorada.

Del otro, el candidato de la fracción mayor, contra el cual la masa partidaria nacionalista, siguiendo la inspiración de sus caudillos, se habían declarado en sistemática rebelión.

La prédica violenta del señor Acevedo Díaz dió fibra y cohesión á los pocos legisladores de su credo que se habían desligado de la corriente. Estos en un arranque de tardía rebelión se incorporaron al candidato condenado por el caudillaje, dando así solución al gran problema.

Nuestros hombres de prensa tampoco pudieron sustraerse al espíritu de contradicción que nos domina aun en los momentos más decisivos, pues, producidas estas evoluciones, aquellos que, desconociendo la verdad de la situación se habían ido á un extremo prestigiando la candidatura del doctor Blanco, evolucionaron de manera curiosa, yendo al extremo opuesto y prestigiando al señor Batlle.

El señor Batlle y Ordóñez fué elegido en momentos de inquietudes y expectativas, como resultado de una lucha en la que habían chocado varias veces, esterilmente, diversas fuerzas parlamentarias y por haberse mantenido, con perfecta lealtad, el pacto celebrado entre los legisladores colorados en frente de la evolución de la mayoría nacionalista hácia el candidato oficial.

Su triunfo produjo, en unos, la inmensa satisfacción de ver el advenimiento al más alto cargo de nuestra democracia del ciudadano que durante el período eleccionario había sostenido la bandera de la estabilidad partidaria.

En cambio, en el campo contrario, quedó el sentimiento profundo de la derrota unido á las iras de los caudillos habituados á hacer sentir su prepotencia en los cinco años que siguieron á la paz de Setiembre.

VI

No habían transcurrido quince días de la elección presidencial, y ya los caudillos recorrían los campos arrastrando á doce mil hombres rebelados contra la solución del primero de Marzo.

Era una nueva prueba de nuestra capacidad para la vida institucional!

El señor Batlle y Ordóñez pagó caro su error de otrora cuando incorporado á la corriente contribuía á dar vigor y prestigio al caudillaje levantisco que había de malograr su gobierno y echar por tierra todos los proyectos en que cifraba la gloria de su administración.

Nuestra prensa, ante la evidencia del desastre, que se produjo cuando recien tomaba posesión de la casa de gobierno un ciudadano lleno de nobles intenciones y dispuesto á reaccionar contra las prácticas absolutistas de su antecesor, invocó el patriotismo á fin de detener el torrente.

¡Como si fuera de hombres prácticos pretender que en estas democracias inorgánicas, que jamás recibieron la enseñanza de *mover sus pasiones á impulsos de la virtud*, pudiera ser fuerza capaz de determinar sus actos la suprema virtud del patriotismo!

Las legiones armadas se entregaron al desborde; en la frontera, solo por satisfacer compromisos criminales llegaron hasta el asesinato vulgar y el incendio, ensañándose en los indefensos emigrados brasileños que vivían en nuestro suelo al amparo de las leyes y del honor nacional.

El presidente había querido iniciar una era de reparaciones, y comenzó por atacar en sus feudos á los elementos que constituían una rémora para el fácil desenvolvimiento de su gestión; sin penetrarse de que los males sociales orgánicos no se curan con decretos gubernativos.

Provocar á los caudillos pretendiendo despojarles de la fuerza que les dió el país en una era de constante y creciente crísis, y para ello invocar como título justificador las facultades legal y constitucional, no fué acto discreto ni prudente.

Gobernar, no consiste siempre en *hacer* lo que permita la ley, sino, muchas veces, en *abstenerse de hacer* —decía Gambetta.

De esta gran verdad no han sabido penetrarse nuestros políticos, pues, si la hubieran tenido constantemente presente, de muchos males se habría librado el país.

Dentro de la ley está á veces el ideal, pero, desgraciadamente, es lo humano, que á él solo se llega, en lo posible, por una conducta perseverante en favor del bien y por transformaciones sucesivas del organismo social.

Es, acaso, uno de los más graves problemas que puede presentarse á los estadistas, la eliminación de las causas que generan la prevalencia del caudillaje.

El fenómeno de la *extirpación* puede realizarse cuando el ambiente se presenta favorable y la enfermedad no ha interesado el organismo de la nación.

Las primeras manifestaciones se puede á veces reprimir empleando una actitud severa y hábil, como también precipitar su desaparición en determinado período histórico cuando las fuerzas del país bien enderezadas ofrecen un concurso poderoso y crean una atmósfera propicia á la acción saludable del poder.—Es el caso de Sarmiento, que contando con las fuerzas populares, pudo emplear la vitalidad nacional al servicio de la gran obra que caracterizó mayormente á su gobierno exterminando los restos del caudillaje provinciano que constituían un obstáculo para el ulterior desarrollo de la sociabilidad argentina.

Se requiere, en todos los casos, el momento propicio y el grado de acción necesario; una política *sabia*, *recta*, *enérgica* y *cruel*, la empleada por Cronwell, según Macaulay, en frente de la anarquía y de los agitadores sin escrúpulos de su tiempo.

Pero nada de eso ocurrió entre nosotros.

El país propició ese resurgimiento, como que es una verdad elemental que fué producto de sus errores, de las claudicaciones de toda una época, de la falta de previsión de los unos. del cálculo egoísta de los otros, del poco civismo de los más y de la idolatría anacrónica de muchos.

¿Como pretender, pues, liquidar la acción de los caudillos, por un acuerdo de gabinete, cuando la mitad de la nación está sometida á su prepotencia y contribuye á que se acreciente su prestigio?

Nuestros errores nos habían de arrastrar á esa situa-

ción desoladora, en pleno siglo XX, haciendo imposible la obra de gobierno é induciendo á los buenos ciudadanos á la triste persuasión de que ya no hay remedio á nuestros males y estamos condenados á una vida miserable!

El jefe del Estado, ante la avalancha que iba adquiriendo mayores proporciones á medida que cruzaba la República, optó por pactar mediante el restablecimiento del régimen creado por la paz de Septiembre salvo pequeña variante.

Una administración honesta, escrupulosa en el manejo de la cosa pública, liberal en grado mayor al compatible con nuestros hábitos, siguió al levantamiento de Marzo.

No transcurrió un año siquiera, y nuevamente la rebelión nos cubre de sangre, en una forma que impone á todo espíritu sereno la persuasión de que vamos por el camino del exterminio.

La guerra se prolonga—y cada día que transcurre el horizonte se vuelve más oscuro. Es una lucha sangrienta y horrible, sin término, en la que ya nadie acierta ni es capaz de asumir la responsabilidad de presentar la solución. Una doble convicción, corroborada y confirmada á medida que los sucesos se producen, ha impuesto al país, y es: la impotencia de la rebelión para luchar con los ejércitos legales y la impotencia del gobierno para liquidar la revuelta, que se conserva y se vigoriza y huye por nuestros campos, dando sorpresa aquí y sorpresa allá, diseminándose hoy para incorporarse al día siguiente y de este modo prolongarse indefinidamente.

Las pasiones otra vez desencadenadas establecen la prevalencia de los odios: ya la lucha es de blancos y colorados, la mitad de la República contra la otra mitad.

El cuadro desolador provoca el recuerdo de aquella exclamación de Juan Carlos Gómez: « Desgraciado país que al son de la trompa guerrera va cavando su propia fosa!»

La ciudad se ve infestada de divisas, algunas con inscripciones absurdas, que constituyen un ataque á nuestra cultura y proclaman el retroceso á la barbarie.

El desorden ha invadido hasta los hombres de pensamiento y la desviación del buen sentido es otra de las consecuencias de la atmósfera en que vivimos. «Diario Nuevo» al explotar la rebelión, en un vibrante artículo, imponía esta fórmula principista: « el único arreglo... la ley!»—la ley, que sería el desideratum si tuvieramos el culto de su respeto!—y en un brillante editorial, *Lo que vendrá*, revelaba su civismo y espiritu justiciero. Poco despues, apenas se alejó temporalmente su director, envuelto por el ambiente de la guerra, clasificaba á manera *rosista* el personal de la administración, señalando á todos aquellos que no fueran de su credo á fin de que el rigor del gobernante hiciera caer sobre ellos el peso de la cesantía, con lo que obligó á muchos ciudadanos á imponerse el vejamen de hacer expresa manifestación de adhesión al estado actual de cosas, ante la fatídica amenaza de la destitución.

No solo en el terreno de la pasión partidaria sentimos las consecuencias del ambiente. Aún entre aquellos que pretenden tratar serenamente el problema de la paz, se nota el extravío de criterio. Hemos visto reclamar la

liberalización del régimen que pesa sobre la prensa, pero, no bien la Asamblea reglamentó el sistema restrictivo, algunos, lejos de aportar cualquier raciocinio al debate que pudiera contribuir á establecer la armonía entre las diversas exigencias en juego procurando persuadir á unos y á otros, enderezaron la proa contra el Presidente de la República que en esta emergencia lo que viene haciendo es defenderse de una agresión bárbara y estéril.

Entre tanto, y mientras se opera el choque de ideas y sentimientos encontrados, la guerra adquiere peores caracteres, más nos barbariza y nos arruina; el escenario queda en manos de los hombres de acción; los ciudadanos se ven arrastrados á la vida odiosa del cuartel y obligados á renunciar su personalidad y á sacrificar su libertad « ese bien del que tan doloroso es perder siquiera la sombra » y todos creen llegado el momento supremo, la hora de exclamar el *Caveant Cónsules!* ante la inminencia de la disolución.

Sinembargo, nada influye en el sentido de una aproximación al término de la lucha; parece que en el fondo de la conciencia de nuestros hombres hubiera la siniestra convicción de que *para no ser aplastado es necesario aplastar* y mientras tanto damos el triste espectáculo de que en una sociedad republicana se haya convertido en realidad la sarcástica frase de Pascal « el hombre es enemigo del hombre ».

En la ciudad y en la campaña, siente el país la depresión del nivel normal.

La última ofrece un espectáculo salvaje. En uno y otro bando el gaucho constituye la base de acción, el elemen-

to que lucha y destruye, se sacrifica y vierte su sangre, arrastrado por la pasión partidaria, cuando no por instintos primitivos; sin un ideal, que no es capaz de concebir su cerebro; sin saber si defiende la libertad ó el despotismo; sin darse cuenta del rol que desempeña como instrumento de devastación. Tengo el convencimiento de que el gaucho es uno de los grandes factores de nuestros males y será una rémora constante para el desenvolvimiento de nuestra vida institucional. Ignorante, sin hábitos de trabajo, sin espíritu de ahorro, lleno de vicios hereditarios, endurecido de alma, ávido siempre de emociones salvajes, se lanza á la guerra y sigue al caudillo para cubrirse de sangre y entregarse á la holgazanería y á una vida donde no hay más ley que su capricho. Concluída la lucha vuelve al *pago* convertido en un criminal vulgar, un elemento pernicioso para la sociedad. — Poco después se le vé con una balota, que depositará en la urna, sin saber cuales son sus derechos ni sus deberes: solo sabe que lo lleva á votar, el mismo que lo arrastró á la guerra el día anterior ó que lo arrastrará el día siguiente.

Por el gaucho se elevan los caudillos y se hacen temibles: éstos imperan sobre aquellos por múltiples conceptos: por sus condiciones de hombre de acción, por su valor, por los anacronismos partidarios, por las cualidades de ginete, por la fama de sus hazañas — que generalmente no son sinó crímenes. — De esta manera, esos desgraciados hombres de campo se sienten presa de la fascinación y de la idolatría y se entregan á los caudillos, en la paz para desnaturalizar el sufragio, y en la guerra para consagrarse

á la matanza y morir por ellos, todo inconscientemente. Solo así se explica lo que ocurre en la actualidad. Se produjo la rebelión en momentos que los hombres de trabajo no pensaban sino en el acrecentamiento de la vitalidad del país, en su florecimiento económico, en el desarrollo de su producción, en la era de progreso que podíamos iniciar al amparo de un gobierno liberal. Repentinamente, por una imprevisión del gobernante, el caudillaje herido, con gesto altanero entrega la República á la guerra; y como si hubiéramos estado bajo el azote de un tirano, de pronto, doce mil soldados se alistan en las banderas revolucionarias. Un reguero de sangre señaló la huella de los ejércitos, desde Mansevillagra á Melo; en Paso del Parque y Tupambaé, nuevamente, dos grandes y horribles hemorragias tiñeron nuestro suelo. Tras la persecución constante de las tropas gubernistas, esa masa humana va dejando el camino sembrado de cadáveres, se sacrifica, sufre todos los tormentos de la campaña, sin el estímulo de ningún ideal, sin saber el orígen de la guerra, ni conocer el proceso de nuestros acontecimientos políticos; solo por la idolatría á sus caudillos.

Tras esa masa va otra masa humana, en la que, á los más, los mueve la pasión partidista, que así como en el momento presente está el servicio del país, lo mismo podría estar al servicio de la arbitrariedad, pues el tipo del gaucho es refractario á toda idea compleja, á todo razonamiento que se aleje algo de la más grosera vulgaridad. Desde las épocas del coloniaje viene siendo en nuestro desenvolvimiento social y político un instrumento inconsciente de los buenos y los malos, sin que ja-

más haya tenido ni siquiera la noción de su individualidad y de sus conveniencias.

Con esos elementos, como factores principales en la elaboración de la guerra, facilmente, podemos alcanzar el estado moral de nuestra campaña. Terminada la lucha, las garantías de los hombres de trabajo estarán á merced de un golpe de mano de las legiones de malhechores.

Y si el ambiente producido por el choque de las armas y de las pasiones rebajan en nuestros campos el nivel moral de sus hombres, en la capital y demás centros de cultura de la Repùblica no es muy edificante el cuadro que se presenta al observador. — Dijérase que la organización psíquica de nuestro pueblo lo predispone á admirar lo chato y lo grotesco, contradiciendo así, cierto grado de cultura que ha alcanzado el país por su situación en medio de las corrientes contínuas de civilización.

La ausencia de altiveces cívicas y de amor á los principios civilistas, la idolatría por los hombres de sable, por los caudillos, por todo aquello que representa la brutalidad, por los que cometen hazañas en la guerra civil—á la mayor parte de las cuales bien podríase aplicar la magnífica expresión de Víctor Hugo « el héroe no es más que una variedad del bandido »; — y á todo ese conjunto de males tenemos el aditamento impuesto por nuestra guerra actual, el desborde de las pasiones partidistas, sin freno, sin control, siempre prontas á alcanzar al adversario.

Colocado el país en la situación desgraciada de verse obligado á oponer en la lucha «hombre á hombre, hierro á hierro, como decía don Andrés Lamas estudiando las guerras civiles—nuestro pueblo lejos de persuadirse de

que eso significa una triste condición, impuesta por la fatalidad de las circunstancias, se apasiona por los luchadores y concluye inconscientemente por sentir hácia ellos más admiración que á la causa que representan.

Y esto no ocurre solo en las masas sino que el mal va invadiendo las clases elevadas. No hablemos ya de nacionalistas, que han dado al país el triste espectáculo de convertirse en instrumentos de los caudillos y prestigiarlos, esforzándose por justificar todos sus excesos: la rebelión actual casi está representada por la oligarquía de la familia Saravia, que entre hermanos, sobrinos y demás consanguineos monopoliza la dirección de la lucha. El mal á que me refiero, en punto al sentimiento de admiración hácia la fuerza, va tomando á la juventud colorada y á diversas clases del partido. En Muniz, antes de esta guerra, se cifraba la esperanza de fulminar al adversario, y cuando se le puso al frente del ejército y dirigió la persecución de Mansevillagra á la frontera, se llegó al delirio de reputarlo un táctico de cualidades superiores. No tardó la pasión partidaria en decretar su desgracia cuando las circunstancias impusieron el convencimiento de que no liquidaba la revuelta. Surgió Galarza con su arrojo temerario, y muy pronto la fama trabajó el alma de la multitud que lo ha elevado á la altura de los ídolos y después de Tupambaé llevó su fascinación hasta ver en la redacción del parte de la batalla el estilo de un hombre de letras.

De este modo los pueblos han creado á los hombres que los han sometido al despotismo!

Quieran los sucesos, si se repiten en el desarrollo de

esta guerra varios *Tupambaes*, que el coronel Galarza continúe, en el futuro, siendo lo que es ahora: un admirable instrumento de la causa del país!

La idolatría cunde; los retratos de los *héroes* circulan con profusión y en nuestra prensa se registran largos artículos para la biografía y la apoteosis de la gente de armas.

Mas de un comentario he oído, matizado con conceptos elogiosos, de hechos que provocan repugnancia, pues, sobre el derroche de valor primitivo está la sangre que ha enrojecido las manos de los protagonistas y el despojo de las prendas del vencido. Sin embargo, lejos de generar esos actos una profunda aversión á la violencia y á la guerra, hacen nacer en muchas almas la admiración; y no faltan pobres de espíritu que consideren título honroso exbibirse por las calles de la ciudad acompañando al hóroe alrededor del cual se ha forjado toda una leyenda.

Tengo la convicción de la necesidad de reaccionar contra las prácticas que van dominando á nuestro pueblo y de que por muy superior que sea la vitalidad del país, si continuamos en este tren de rebajamiento de la razón pública, no habrá manera de encauzarnos por la senda del progreso colectivo.

Necesitamos más civilismo, más energía moral, más perseverancia en la procura del bien, más consideración á los grandes ideales, más sentimiento de los deberes cívicos y de la responsabilidad del ciudadano.

Los hombres de espectabilidad, que por su posición en el escenario del país pueden ejercer ascendiente sobre la multitud y dirijirla, deben tener el valor de contrariar sus

pasiones, deben reaccionar contra el mal de la época presente manifestado en la cobardía que los incapacita para luchar con la corriente.

De otro modo, tomaremos el camino de la más absoluta incapacidad para conquistar nuestros destinos.

VII

Fracasado el gobierno actual en los propósitos del presidente, y por los términos en que vemos planteado el problema político, ya no hay nada que esperar de esta administración en punto á vida institucional.

Lo presente es un desastre.

Dominar ahora la rebelión por las armas no me parece factible; solo en un término muy largo, trás la ruina del país, y acaso con la perspectiva del entronizamiento del militarismo, solución inaceptable bajo todo concepto. En este punto, el civismo impone profesar ideas radicales. Si fuera posible en un término corto exterminar el caudillaje, entiendo que no cabría vacilación alguna. Es elemental en la ciencia del gobierno que no se debe transigir con la rebelión cuando se dispone de medios eficaces para reprimirla, sin perjuicio de implantar después del triunfo una política liberal que tenga la virtud de prevenir nuevos actos de sedición y reparar los males sufridos.

Pero de la meditación serena, consultando los antecedentes históricos y las circunstancias actuales nada induce á admitir la posibilidad del fin inmediato de la lucha. Tampoco creo — supuesto el caso — que á raíz de

la conclusión de la guerra por las armas, iniciáramos una era institucional. La experiencia harto dolorosa nos enseña cuales son las consecuencias de las luchas intestinas. No se puede impunemente remover las pasiones y entregar el país á la guerra. La anulación es la ley inexorable que pesa sobre el vencido; y solo el tiempo y una política sabia y reparadora pueden ir corrigiendo los males que acompañan á la derrota. Menos aún puede confiarse en nuestro pueblo, tan escaso de educación cívica como pletórico de prejuicios y sentimientos anacrónicos. Pero, en cambio, ganaríamos la paz estable, al amparo de la cual todo se puede hacer, todo se puede esperar, obrando con prudencia. Entonces, habría llegado el momento de la prédica en favor de nuestra redención, inculcando en las masas ideas nuevas y señalándoles por donde deben enderezar sus aptitudes, sus sentimientos y su inteligencia. Habría que imponerles el culto de la tolerancia en materia política, del respeto por los derechos de todos, de la verdadera concordia que debe ser un postulado en la conciencia de cada ciudadano y que no está en las mistificaciones que en los últimos tiempos envenenaron nuestro ambiente y pervirtieron el espíritu público, sino en la prevalencia de la ley, pues, solo *el reino del derecho asegura el de la fraternidad* (1) y enseñarles «que desde el punto de vista social en nuestras acciones y relaciones con los demás hombres, todo debe ser justicia, hasta el amor».

«La fraternidad no es, en su esencia pura, más que una justicia más alta, más completa, más superabundante.» (2)

(1) De Fouillée—«La Ciencia Social Contemporánea» pág. 373.
(2) De Fouillée—Obra citada pág. 373.

Es natural que esto sería obra del tiempo y de una lenta modificación de nuestros hábitos, pues, solo los ilusos pueden pretender que por transformaciones milagrosas se trastornen los sentimientos arraigados en un pueblo y desaparezcan sus vicios inveterados. La gran verdad, es que esas conquistas solo se operan á la sombra de la paz, que facilita un ambiente propicio para la enseñanza y la discusión serena y eficaz.

Lentamente llegaríamos á persuadir á nuestros hombres, de lo que no hemos podido hacerlo en setenta y cinco años de extravíos, de sangre y de odios: la verdad aquella proclamada por Juan Carlos Gómez en momentos que presenciaba nuestra incapacidad para lograr la conquista definitiva de la tranquilidad interna «*que la mitad del país no puede imponer arbitrariamente su voluntad á la otra mitad*»; y que solo por medio de la comunión de esfuerzos, del legítimo ejercicio de los derechos de cada ciudadano y de una política racional y ámplia, encuadrada dentro de los rígidos marcos de la justicia, podremos alcanzar la vida institucional.

Sin prevalencias ilegítimas, sin caudillos prepotentes; con una noción clara de las prerogativas y obligaciones de cada ciudadano; con la transformación de los hábitos de nuestros hombres de campo á fin de *extirpar* el tipo innoble del gaucho actual para sustituírlo por el hombre de trabajo, consciente y adaptable al progreso; con nuevos elementos incorporados á nuestra evolución, de esta manera podríamos aproximarnos al desideratum. — Solo así, por una creciente y constante adaptación llegaremos al régimen de libertad.

La libertad en los países nuevos y ya enfermos orgánicamente, como el nuestro, no se decreta, ni se impone por la guerra, ni por obra del milagro.

«Es la base indispensable de la paz pública, pero la libertad no se establece y se radica, decía Juan Carlos Gómez, sino sobre la verdad de los principios que la constituyen» y para que estos principios se hagan carne en el alma popular, es necesario preparar el ambiente y los hombres, desvíar al país del camino de la violencia y de la anarquía y de todo lo que signifique un peligro para el desenvolvimiento pacífico de nuestra democracia.

Descartada la posibilidad de que en un término breve podamos liquidar por las armas la revuelta, y rechazada por absurda la solución de una guerra indefinida, que nos traería la ruina y acaso el militarismo, ¿ qué solución puede presentarse?

La de la paz pactada entre ambos contendientes subleva el espíritu partidista de muchos, que pretenden justificar su obstinación invocando la defensa del principio de autoridad. Sinembargo, nada más pueril que la pretensión de defender de ese modo un principio que se va debilitando á medida que la guerra se prolonga; y, sobre todo, debemos hacernos cargo de que, en los más de los partidarios de la continuación de la lucha, los entusiasmos principistas no son otra cosa que una forma de encubrir sentimientos anacrónicos que jamás deben intervenir en la apreciación de hechos de esta naturaleza.

Por otra parte invocar el principio de autoridad en un país donde jamás aquél se ha consolidado á despecho de la sangre derramada á raudales, no es juicioso.

Lo que debe preocuparnos es que bajo ningún concepto ofrece perspectiva halagüeña las eventualidades de una lucha prolongada, que puede ser fuente de un futuro caos anárquico. La experiencia nos habla elocuentemente; no solo la relativa á nuestro país, sino la experiencia universal que recoje la historia. De extravío en extravío, de desorden en desorden, fatalmente caen los pueblos en el despotismo. Acordémonos de la verdad proclamada por Carlyle: « Mientras el hombre sea hombre, no faltará jamás un Cronwell que se presente á dar el golpe de gracia á toda suerte de sanculotismo. » (1)

¡Y ya sabemos que condiciones reunirían nuestros Crónwelles!

Hay que concluir la guerra por la paz ya que la paz no podemos obtenerla por la guerra.

De cualquier modo mucho hemos retrocedido, pues, impunemente no se cometen tantos errores! Hay que comenzar nuevamente la gran obra á fin de colocar al país en condiciones de poder encauzarse por corrientes saludables. Lo que es admisible que constituya materia de discusión es la forma que servirá de base á la transacción, pues, de ella depende el porvenir. Si no logramos alcanzar una solución que signifique un triunfo para el país nada adelantaremos. Si se pacta otra vez sobre la base del quebrantamiento de la unidad política de la nación, seguiremos por la vía crucis que venimos recorriendo. No hemos llegado, ni los gobernantes ni los gobernados á ese grado de tolerancia, de prudencia

(1) « Los Héroes » II pág. 170.

y de ecuanimidad que nos permita vivir un un sistema de equilibrio que lleve envuelto la suerte nacional y que á la primera desavenencia, á la primera imprevisión, de unos ó de otros, se apele á la guerra como medio de dirimir la controversia.

Por otra parte, qué razón valedera, qué título legítimo podría invocarse para justificar la obstinación de aquellos que pretenden tal solución? La garantía de sus derechos? Pero, en que consiste esa garantía? se le ocurre á cualquiera preguntar. Acaso el gobierno de una parte del país por los caudillos es garantía alguna, á no ser de desórdenes y atentados? Nos aproximamos con ellos á la vida institucional? Representan una garantía para la libertad de sufragio y demás derechos de los habitantes de las zonas sometidas á su dominio? No significa nada la experiencia que pesa sobre el país desde el año 1897? O aún se pretende en nombre de las pasiones partidarias, endiosar ese estado de cosas que viene cerrando todos los horizontes y amenaza arrastrarnos á la disolución?

Dijérase que hay una parte del país refractaria á todo razonamiento.

La verdad electoral, que jamás la hemos tenido apesar de tanta sangre derramada, solo podremos adquirirla por el perfeccionamiento de las prácticas democráticas y por un constante aprendizaje de la vida política.

Con la llamada *garantía* de derechos, lo único que hemos presenciado ha sido la arbitrariedad erigida en sistema y el estado permanente de guerra que arruina á la nación. Ni los nacionalistas ni los colorados han progresado un solo paso en el camino de la verdad institucio-

nal; en cambio, unos y otros, vienen sufriendo las consecuencias de este estado de desorden en que vivimos.

Y si aun despues de tantos desastres, nuevamente llegáramos á tan absurda solución, será otra demostración de nuestra incapacidad para la vida política y habrá llegado, acaso, el instante de declarar, que el problema de la paz es insoluble dentro de nuestra existencia autonómica, y que nuestro pueblo como si sobre él pesara la sentencia dantesca está *privado del bien de la inteligencia* y no alcanza siquiera á comprender lo más elemental para su supervivencia.

Tampoco juzgo solución la fórmula propuesta por el senador Espalter, que en su proyecto de pacificación pretende dar atribuciones al Municipio para obligar al presidente de la República á nombrar su delegado en el departamento, dentro de una terna.

En las circunstancias presentes significaría lo mismo un quebrantamiento de la unidad nacional, en una forma legal y acaso menos chocante que la empleada hasta ahora, pero no por eso menos peligrosa. Entiendo que es un error muy grave procurar el remedio á nuestros males en el debilitamiento de la autoridad del presidente. Admito la descentralización administrativa, que en todo caso beneficiaría al país y le enseñaría á operar por sí mismo su desarrollo y su prosperidad. Pero, en el orden político, en una nación pequeña y joven, que ha vivido en la sangre y en la anarquía, donde el pueblo no es respetuoso ni á la ley ni al principio de autoridad, juzgo erróneo querer cercenar las facultades del jefe del Estado, creando en frente de él, soi-disant *delegados del P. E.*